Una herida vista desde el aire: la historia de una foto sobre turberas, agua y desastres



Descarga el artículo completo en este enlace.

Lectura de una fotografía: desde las alturas, el bosque tropical todavía parece un mar verde. Pero, en el centro de la imagen, la tierra se abre como una herida: suelo desnudo y rojizo, charcas turbias y verdosas llenas de tocones muertos, caminos de tierra que se bifurcan como venas y filas de brotes jóvenes en los bordes. A lo lejos fluye un gran río, como si ignorara que, aguas abajo, su caudal mengua y se enturbia.

Leer una herida desde el aire

En esta foto no hay fuego, motosierras ni humo. Precisamente por eso inquieta: registra el después. Después de talar, de retirar el suelo y de expulsar el agua del pantano. Escenas así aparecen en Sumatra, Kalimantan, Papúa y muchos otros rincones tropicales. A primera vista parecen «terrenos vacíos listos para desarrollarse». En realidad, vemos un ecosistema de turba que se desmantela poco a poco. Ahí comienza la cadena de desastres que vuelve a llamar a nuestra puerta en 2026.

Lo que realmente es un pantano

La turba se forma durante miles de años a partir de plantas muertas que, sumergidas, no se descomponen del todo. Este ecosistema singular solo cubre alrededor del 3 % de las tierras del planeta, pero almacena cerca del 30 % del carbono del suelo mundial. Indonesia posee la mayor superficie de turberas tropicales del mundo: unos 13,4 millones de hectáreas que contienen más de 57 gigatoneladas de carbono. Húmeda, la turba es la esponja de la Tierra: absorbe agua durante las lluvias y la libera despacio en la estación seca, manteniendo vivos ríos y bosques. Conviene recordar esta imagen: todos los desastres que siguen empiezan con una esponja que se seca.

El agua que se marcha

La destrucción casi siempre comienza igual: se excavan canales de drenaje para secar el pantano y plantar o extraer su contenido. Cuando el agua se va, la esponja se vuelve combustible. La turba seca se descompone, libera carbono, se compacta y se hunde: en los primeros años de drenaje puede perder entre 1 y 2 metros de altura y después seguir descendiendo entre 3 y 5 centímetros anuales. Las charcas turbias de la imagen no indican salud, sino una esponja rota: el agua ya no permanece en el suelo, sino que se acumula sobre la herida. Los incendios de Kalimantan son, en efecto, un drama recurrente de nuestra incapacidad para proteger la tierra: la degradación de la turba y los canales multiplican el riesgo de arder.

2026: el regreso del humo

Esta foto no pertenece al pasado. En agosto de 2026, el cielo de Kalimantan volvió a teñirse de gris; desde julio el humo cubría partes de Kalimantan Occidental. En seis provincias —Riau, Sumatra Meridional, Kalimantan Central, Kalimantan Occidental, Jambi y zonas próximas— el aire entró en la categoría de insalubre. Las cifras son personas: el Ministerio de Salud registró 3.405.489 afectados directamente por el humo de los incendios en Kalimantan. Kalimantan Occidental tuvo el mayor número: 165.747 casos de infecciones respiratorias agudas (ISPA). En Pontianak aumentaron entre un 5 y un 10 % en apenas una semana tras aparecer el humo. Detrás de los números hay gargantas irritadas, ojos que escuecen, noches sin aire y hospitales llenos de tos infantil. Lo que llamábamos «estacional» se ha convertido en un calendario aterrador: los incendios de turberas se dispararon ya a principios de 2026.

La pizarra arrebatada

El capítulo más silencioso se escribe en las escuelas. Al espesarse el humo, el servicio provincial de Educación y Cultura trasladó a internet las clases de secundaria general, formación profesional y educación especial —SMA, SMK y SLB— durante cuatro días desde el 11 de agosto de 2026. Las familias de Pontianak, angustiadas por el aire, pidieron suspender las clases. Incluso el Parlamento solicitó al Gobierno valorar un cierre temporal. Pero «cerrar» no es «salvar». La infancia pierde horas de aprendizaje, juegos y una niñez que

debería transcurrir en el patio, no tras ventanas selladas. Cuando los niños deben salir —para ayudar a sus padres, comprar medicinas o ir a la tienda— sus pulmones en desarrollo inhalan las partículas que disparan las infecciones. Cada temporada de humo recorta su futuro: salud pulmonar, derecho al aire limpio y educación interrumpida una y otra vez. Hoy el humo roba a la infancia de Kalimantan Occidental dos cosas a la vez: el aliento y las lecciones.

La sequía que ya está aquí

El humo oculta a menudo otro desastre más lento y no menos feroz: la pérdida de agua limpia. Destruir los bosques de turba significa perder fuentes de agua; una esponja rota no guarda reservas para la estación seca. Sus efectos ya se sienten en la provincia. El caudal del Kapuas cae y su profundidad se reduce de forma extrema, dificultando el suministro de agua limpia en Kubu Raya. En Pontianak, la menor presión del caudal de aguas arriba permite que el agua marina penetre en el río: el agua que sustenta a la población se vuelve salobre. En Sungai Malaya, el Gobierno tuvo que repartir 5.000 litros de agua limpia por la sequía.

Añadamos una variable: un planeta que se calienta. La turba seca y quemada libera carbono que eleva las temperaturas; el calor prolonga la sequía. Este año, BMKG previó un fenómeno de El Niño muy intenso que alargaría la estación seca provincial hasta octubre de 2026. El círculo se cierra: se drena el pantano → se libera carbono → sube la temperatura → se prolonga la sequía → grandes ríos como el Kapuas se secan → la población pierde agua limpia → el terreno seco arde más fácilmente. Lo que antes era una advertencia científica lo viven hoy quienes hacen cola con bidones para conseguir agua.

Heredar la herida

El daño ecológico que queda en Kalimantan Occidental no dura una temporada. Los incendios de turba profunda pueden causar daños permanentes y deteriorar la vida y la economía de las comunidades durante décadas. Unos 2,79 millones de hectáreas de turberas de Kalimantan ya están degradadas y son cada año más vulnerables al fuego.

La tierra hundida acabará inundada permanentemente; los bosques pantanosos desaparecidos no volverán con sus orangutanes, cálaos y peces endémicos; el carbono liberado hoy seguirá calentando la Tierra mucho después de apagarse las llamas. La infancia que estudia ahora en línea tras sus mascarillas heredará ríos menos profundos, aire más caliente y tierras más pobres que las que recibimos nosotros. Esa es la forma más cruel del desastre ecológico: sus víctimas aún no han nacido cuando hoy decidimos sus causas.

Brotes al borde de la herida

La imagen no muestra solo dolor. A la izquierda y abajo aparecen brotes jóvenes plantados en filas: aún se intenta recuperar el paisaje mediante rehumectación de la turba, cultivos adaptados al agua —paludicultura— y revegetación. Pero restaurar exige más que plantar: hay que bloquear canales, hacer cumplir las normas y tomar decisiones económicas que dejen de secar lo que debe permanecer húmedo. Destruir la turba puede llevar una sola

estación seca; recuperarla exige décadas y algunas heridas nunca sanarán.

Cierre: una fotografía como espejo

Solemos llamar «desastres naturales» a las inundaciones, las sequías y el humo. Esta foto y la temporada de humo de 2026 desmienten ese nombre. Nada hay de natural en los 3,4 millones de afectados por el humo, los 165.000 habitantes de Kalimantan Occidental con infecciones respiratorias, la escuela reducida a una pantalla o el Kapuas cada vez menos profundo e invadido por el mar. Son desastres causados por seres humanos: el resultado de decidir drenar pantanos y abrir bosques.

Desde el aire, la herida parece pequeña: una mancha pálida en medio de un gran verde. Desde el suelo, decide el aire que respiran nuestros hijos, el agua que bebemos y qué río se secará primero. Esta fotografía es, al final, un espejo: muestra lo que hemos hecho a la Tierra, lo que nos hacemos a nosotros mismos y lo que hacemos a generaciones que todavía no han podido rechazar nuestra herencia.